

CUIDADORES

Creo que, sobre todo, Francisco de Asís aprendió a cuidar en su convivir y curar a los leprosos. Aquello que nos cuenta al comienzo de su Testamento y que tanto nos suena: *"Pues, como estaba en pecados, me parecía extremadamente amargo ver a los leprosos, pero el Señor mismo me llevó entre ellos, y practiqué con ellos la misericordia"*. Y, algo muy importante, le cogió gusto, aquello se le convirtió *"en dulzura del alma y del cuerpo"*. Es decir, en algo lleno de sentido, en la actitud más importante, en una cosa nueva y diferente, en lo más hermoso que una persona puede hacer, en algo que tiene que ver con lo humano y lo divino... El gusto de cuidar, de cuidarnos mutuamente, de cuidar todo. Francisco se convirtió, desde entonces y a lo largo de toda su vida, en contacto con diferentes situaciones, en un "cuidador".

Ser un cuidador, vivir de esa manera, es descubrir que eso es lo que hace Dios, lo que se nos revela en Jesús y en su evangelio: *"Tú eres el protector, tú eres nuestro custodio y defensor...; grande y admirable Señor, Dios omnipotente, misericordioso Salvador"*. Eso es lo que está al principio: todo lo de Dios es por nosotros, para nuestro bien. Su lugar es "a nuestros pies": lavándonos, cuidándonos (cf 1R 5,9; 6,3). Ese lugar lo ocupa siempre Él. Y nosotros, también, dejándonos lavar y cuidar. Somos capaces de cuidar porque se nos ha cuidado mucho, porque descubrimos que somos y existimos gracias a los cuidados sobreabundantes de otros, de Otro. De toda la Creación que nos cobija y sustenta.

A su vez, una actitud cuidadosa se va gestando al darnos cuenta que estamos hermanados con todos y con todo; al distanciarnos del dominio, la superioridad y la violencia hacia lo que no soy yo. Al ver que tenemos el mismo origen y somos de la misma pasta. Que nos necesitamos. Que lo más humano es nuestra reciprocidad, mutua dependencia y relación. Que somos en plural: una única casa que hay que cuidar. Y que, en ese sentido, como dice Francisco, lo que nos debemos es "honra" (cf 1R 7,15). Cuidar de todo es la mejor manera de honrar la casa común que se nos ha dado. *"El hombre de Dios desbordaba de espíritu de caridad, con entrañable compasión, no solo para con los hombres, sino también para con los animales brutos y salvajes, y todas las demás criaturas"* (Vita 63).



Y consecuentemente, ser fuente de cuidados es lo que se opone al desinterés y a la indiferencia. Es un ejercicio, lúcido y humilde, de responsabilización. La armonía, el equilibrio, lo común, la bondad y fraternización de todo es algo muy frágil, que fácilmente se quiebra Y para mantenerlos, recomponerlos y que sean reales precisan de una constante atención y vigilancia, de un trabajo, personal y social, inmenso. A lo largo de toda su vida Francisco no dejó de exhortar a unos y otros, a todos, para sostener en ellos esta actitud responsable. Ser cuidadoso siempre tiene que ver con mil pequeños detalles, tantas veces pequeños y ocultos, repetidos e insistentes. Y a la par, tiene que ver con una sensibilidad de fondo que se convierte en un elogio de la delicadeza como modo de estar e ir por el mundo (cf 2R 3,10ss).

En este sentido, dice L. Boff que el cuidado es lo esencial. Y que *“San Francisco supone una alternativa real por su radical ‘modo-de-ser-cuidado’ con respeto, veneración, fraternidad y ternura hacia todas las cosas”*. Algo de todo eso hay en el interior de una actitud radicalmente cuidadosa hacia todo. Así, haciéndonos “cuidadores”, Francisco nos constituye hoy, en medio de esta tierra y de esta historia en una alternativa real. Volvemos a escuchar hoy su voz, suave y firme, convencida: “Cuidemos la casa”...

(Jesús Torrecilla)

